

La Prueba de la Biblia

¿Qué es la Biblia? ¿Verdaderamente es la Palabra inspirada de Dios? ¿Cómo podemos saberlo? ¿Tiene algunas características que la hacen diferente de, y superior a, todos los otros “libros sagrados”? ¿Tiene alguna naturaleza única o algún atributo que la diferencie de cualquier otra obra escrita? De hecho, la tiene y de una manera muy sorprendente. Esa manera es una dimensión que llamamos **tiempo**. Me refiero al tiempo como a una dimensión porque hoy en día así es exactamente como se le trata al tiempo en la física moderna.

En 1929, el astrónomo Edwin Hubble descubrió que el universo *se estaba expandiendo*¹. Antes de esto, se creía universalmente, tanto por paganos como por científicos, que el universo era estático y eterno. Siendo extrapolada, si la expansión fuese corrida hacia atrás, como rebobinando una película, eventualmente el universo se contraería hasta llegar a un punto conocido como la singularidad inicial, un punto infinitamente denso e infinitamente pequeño de alta energía y materia. Es ampliamente aceptado por los científicos, que el universo, incluyendo el tiempo y el espacio, surgió a partir de esta singularidad en un proceso conocido como el “Big Bang”². Esto indica que el universo tuvo un principio.

Esto no es una sorpresa para aquellos que conocen la Biblia, porque el primer versículo, Génesis 1:1 dice, “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”³. Esto indica que la dimensión del tiempo, las tres dimensiones de espacio, y la materia fueron creadas en un momento discreto en el tiempo. Así que ese “principio” al que la Biblia hace referencia es realmente el principio del tiempo, el cual comenzó en el momento de la creación del universo.

En 1905, Albert Einstein conmocionó a la comunidad científica al introducir su Teoría de la Relatividad Especial⁴. Él postuló que el tiempo se dilataría (se haría más lento) dependiendo de la velocidad y el marco de referencia del observador. Si esto fuese cierto, mientras el observador se fuera acercando a velocidades muy altas, el tiempo mismo se haría más lento. Gracias a la teoría de Einstein ahora sabemos que el espacio y el tiempo están vinculados fundamentalmente. Matemáticamente, esto ha sido definido como el continuo del espacio-tiempo, que está constituido por las tres dimensiones del espacio (longitud, anchura y altura) y por la dimensión del tiempo.

Dios y Sus seres angelicales existen en otra dimensión, una dimensión desde la cual pueden entrar a la nuestra. Aunque nosotros estamos limitados a la esfera física y no podemos abandonar nuestra dimensión de espacio-tiempo, Dios no está limitado de esta manera. Él está fuera del tiempo.

Así que si Dios está fuera del tiempo y Él desea autenticar la Biblia, Él puede usar un atributo que es único de Él y solo de Él. Él puede predecir los eventos futuros. Isaías 46:9-10 dice: “Acordaos de las cosas anteriores ya pasadas, que Yo soy Dios, y no hay ningún otro; Yo soy Dios, y no hay nadie como Yo, *que anuncio el fin desde el principio*, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho...”. Conocemos a estos tipos de

declaraciones como “profecías predictivas”, y la Biblia está llena de ellas. Presentaré aquí solamente dos de estas profecías para ilustrar mi punto. Escogí solo éstas dos de entre literalmente cientos de ellas, no solo por causa de su exactitud histórica, sino también por causa de la asombrosa precisión contenida en ellas.

Primeramente, en el año **539 a. C.**, Ciro el Grande, Rey de Persia, hizo lo que todos pensaban que era imposible. Él conquistó la grandiosa y fortificada ciudad de Babilonia, el orgullo del Imperio caldeo. Todos estaban pasmados, pero nadie más que el mismo Ciro. Esta victoria había sido predicha más de un siglo antes de que Ciro lo lograra, y de una manera asombrosamente detallada. Pero antes de presentar este evento transcendental, permítanme exponer algunos detalles históricos.

En el 605 a. C., un general brillante llamado Nabucodonosor, el príncipe de la corona y co-rey⁵ de Babilonia, derrotó a las fuerzas combinadas de los ejércitos de los asirios y los egipcios en la famosa batalla de Carquemis. Esta victoria introdujo a un nuevo imperio, el Imperio babilónico, y más tarde ese año Nabucodonosor, después de la muerte de su padre, llegó a ser rey por derecho propio. El año anterior, en el **606 a. C.**⁶, Nabucodonosor había subido a Judá y tomó “algunos de entre los hijos de Israel” y los llevó a Babilonia (Dn. 1:1-6). Después de que Nabucodonosor llegó a ser rey del imperio, él puso su primer sitio sobre la ciudad de Jerusalén, la capital de Judá (2 Re. 24:10-16), y tomó a miles de judíos como prisioneros, deportándolos a Babilonia en el **597 a. C.** Un reporte de este evento histórico puede encontrarse en las crónicas babilónicas⁷.

Entonces Nabucodonosor designó a un nuevo rey de Judá (2 Re. 24:17) e hizo un pacto con él (Ez. 17:12-14). En el pacto, el rey acordó a rendirse pacíficamente y permanecer humilde y sujeto al nuevo imperio. Sin embargo, él se rebeló después. El rey insensatamente le prestó atención a sus “llamados profetas” y tomó la decisión de pelear (Ez. 17:15,18). El problema era que ellos no eran los verdaderos profetas de Dios, sino que eran falsos profetas (Jr. 28). Fue una decisión terrible con consecuencias trágicas. Este rey había sido advertido por Jeremías, el verdadero profeta de Dios, que Babilonia iba a destruir a Jerusalén (Jr. 37). Jeremías profetizó además que Babilonia iba a ser el instrumento del juicio de Dios y que los judíos serían llevados al cautiverio en Babilonia por setenta años (Jr. 25:9-12). Exactamente como fue profetizado por Jeremías, Jerusalén una vez más fue sitiada por el ejército de Nabucodonosor (2 Re. 25:1-17). Su ejército quemó el Templo y la ciudad, derribó los muros alrededor de la ciudad y llevó al resto de las personas que permanecían en Jerusalén al exilio en Babilonia en el año **586 a. C.**

Entre los cautivos que Nabucodonosor trajo con él estaba un joven adolescente llamado Daniel, el autor del libro del Antiguo Testamento con el mismo nombre. Debido a su fidelidad a Dios y su relación íntima con Él, Daniel fue capacitado para interpretar un número de sueños perturbadores que tuvo el rey. Esto impresionó tanto al Rey Nabucodonosor que él hizo que Daniel fuera el segundo bajo su mando en el reino entero. Bajo el reino de Nabucodonosor la ciudad de Babilonia fue edificada para llegar a ser la fortaleza en la que se convirtió. Su tamaño era inimaginable. La ciudad de

Babilonia se extendía a ambos lados del río Éufrates, haciendo esto que ella estuviera prácticamente a prueba de ser sitiada. También había un foso ancho y profundo, lleno de agua, rodeando la ciudad. El foso estaba alineado por los muros internos de la ciudad cuadrada, que tenían catorce millas a cada lado del río, y cientos de pies de altura. Estos muros eran tan gruesos que los carruajes podían correr cuatro el uno al lado del otro en la parte superior de ellos. También había cientos de puertas de bronce fortificadas con barras de hierro a través de tales muros, y también a lo largo de las entradas a la ciudad desde el río Éufrates⁸. Por lo tanto, un ataque por tropas parecía ser imposible.

Años después de la muerte de Nabucodonosor, su nieto Belsasar llegó a ser el co-rey del imperio. Aquí es cuando la historia se pone bien interesante. Belsasar era un joven gobernante impetuoso y arrogante. Una noche él decidió celebrar un banquete ostentoso para sus príncipes subordinados del reino. Durante la fiesta, Belsasar dio órdenes a sus siervos para que trajeran los vasos de oro tomados del Templo en Jerusalén, y los usó en su juerga de borrachos. Dios no toleraría esta profanación. De repente, una mano apareció de la nada, y comenzó a escribir en la pared a un lado de él. No se veía un cuerpo, ni siquiera un brazo. ¡Solo una mano incorpórea! Él estaba aterrorizado. Daniel 5:6 dice, “Entonces se demudó el semblante del rey, y sus pensamientos lo turbaron; y las coyunturas de sus caderas se le relajaron y sus rodillas comenzaron a chocar una contra la otra”. En otras palabras, él estaba tan aterrorizado que sus rodillas comenzaron a chocar una con la otra y se ensució en sí mismo. Sin duda, esto fue un tremendo bochorno.

Inmediatamente, él convocó a todos los encantadores y adivinos que tenía para interpretar el escrito, pero nadie pudo entender lo que el escrito decía. Sin embargo, la reina madre recordó que un cautivo judío, llamado Daniel, había interpretado sueños para el rey Nabucodonosor y se lo dijo al joven gobernante. Daniel fue convocado, y se le prometió una inmensa fortuna si podía interpretar el escrito. Daniel le dijo a Belsasar que conservara su riqueza, pero que con la ayuda de Dios leería y le daría a conocer lo que estaba escrito en la pared. Lo que estaba escrito no eran buenas noticias. Decía, “... Dios ha contado tu reino, y le ha puesto fin; [...] Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto [...] Tu reino ha sido dividido y dado a los medos y a los persas (Dn. 5:26-28)”. En otras palabras, se te acabó el tiempo.

Ahora, regresemos a Ciro el Grande. Desconocido para todos en Babilonia, Ciro había estado muy ocupado miles de millas arriba del río trabajando para desviarlos por medio de cavar un gran número de canales enormes justo al lado de sus riberas. El hecho de que el nivel del agua del río había bajado a tal grado que el ejército de Ciro podía marchar en él, y también que los temerarios babilonios dejaron abiertas las puertas de la ciudad mientras estaban festejando y celebrando un festival pagano, le permitió a Ciro tomar la ciudad durante la misma noche en que Daniel había interpretado el escrito en la pared. Esa misma noche, Belsasar fue asesinado por el ejército de Ciro, quien tomó la ciudad sin pelear marcando el final del Imperio babilónico (Dn. 5:30). En el Museo Británico hay un cilindro de arcilla, conocido como “El Cilindro de Ciro”. En él, el reportero de Ciro se

jacta de cómo Ciro conquistó la ciudad de Babilonia sin siquiera una escaramuza. Ahora veamos la parte más asombrosa e importante de la historia.

En octubre del **539 a. C.**, Ciro hizo su entrada triunfal en la ciudad de Babilonia y dejó a su tío por el lado materno, Darío el Medo, para que gobernara como co-rey en Babilonia mientras él salió a llevar otras campañas para conquistar otros territorios (Dn. 5:31)^{6, 9}. Darío murió por causas naturales dos años después de la caída de Babilonia y Ciro entonces tomó su reinado con plena supremacía en el año **536 a. C.**^{6, 9}. El historiador judío Josefo, quien escribió para el Imperio romano en el primer siglo, declara en sus escritos en *Antigüedades de los judíos* (*The Antiquities of the Jews*¹⁰ en inglés), que en el primer año de su reinado Ciro leyó el rollo de Isaías y llegó a entender las profecías concernientes a sí mismo. Isaías escribió su profecía aproximadamente entre el 760 al 696 a. C., lo cual fue muchísimo tiempo antes de que tan siquiera Ciro hubiese nacido. Aquí está la cita asombrosa de Isaías 45:1-4, que Ciro leyó.

“Así dice Jehová a Su ungido, a Ciro, al cual he tomado por la diestra para sojuzgar a las naciones delante de él; desataré lomos de reyes, para abrir delante de él puertas dobles, de modo que las puertas de las ciudades no queden cerradas: Yo iré delante de ti y allanaré los lugares ásperos; destrozaré puertas de bronce y cortaré cerrojos de hierro, y te daré los tesoros de las tinieblas y las riquezas escondidas de los lugares secretos, para que sepas que Yo soy Jehová, quien te llama por tu nombre, el Dios de Israel. Por amor de Mi siervo, Jacob, y de Israel, Mi escogido, también te he llamado por tu nombre; te he apellidado, aunque tú no me conoces”.

¡Cuán asombroso es que más de un siglo antes de que Ciro naciera, Isaías profetizó con tanto detalle con respecto a él, hablando las palabras de Dios, detallando su éxito al conquistar el Imperio babilónico, e incluso mencionándolo por nombre!

¡Ciro se sobrecogió! Un asunto que ha quedado en constancia es que, después que él llegó a ser el rey supremo de Babilonia, Ciro liberó a todos los cautivos del pueblo judío, permitiéndoles regresar a Jerusalén y reedificar su Templo. Su decreto concerniente a esto, tal y como se registra en Esdras 1:2-4 y en 2 Crónicas 36:23 es verdaderamente excepcional (ver también los escritos de Josefo¹⁰). Notablemente, esta acción de Ciro cumplió las profecías de Jeremías declarando que el cautiverio de los judíos en Babilonia duraría setenta años (Jr. 25:11-12; 29:10): desde el **606** hasta el **536 a. C.** Aun los arqueólogos que no son religiosos no pueden explicar por qué Ciro liberó a los cautivos judíos. Los más honestos simplemente se rascan la cabeza, y admiten que no tienen idea cómo una predicción de eventos tan precisa pudo cumplirse. Los menos honestos tratan de poner una fecha posterior a los libros de Daniel e Isaías, aunque toda la evidencia sugiere lo contrario. ¡La única otra explicación posible es que el Autor de estas profecías bíblicas tendría que estar fuera del tiempo!

La segunda profecía predictiva que me gustaría enfatizar está asociada a un desenlace muy trágico para los participantes. Mientras Daniel estaba en Babilonia, llegó el momento

en el que él se dio cuenta de que los setenta años de cautiverio predichos por el profeta Jeremías casi se habían completado (Dn. 9:1-2). Él entonces se envolvió en una de las oraciones más apasionadas y sinceras, por sí mismo y por su pueblo, que usted jamás leerá. Puede ser hallada en el capítulo nueve del libro de Daniel, en el Antiguo Testamento. Mientras él estaba en tal oración tan ferviente, él fue interrumpido por un ser que se presentó a sí mismo como Gabriel, un arcángel enviado por Dios. Gabriel le dio una de las profecías más importantes en la Biblia. Los versículos 25-26 leen:

“Sabe, pues, y entiende, que desde la salida del decreto para restaurar y reedificar a Jerusalén hasta el tiempo del Mesías Príncipe, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar, con calle y foso, incluso en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, y no tendrá nada; y el pueblo del príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario...”

Los eruditos han estudiado este pasaje por siglos, y han tratado de descifrarlo e interpretar su significado, pero han fracasado. No fue sino hasta que Sir Robert Anderson, director de Scotland Yard, descifró las matemáticas involucradas en estos versículos, que finalmente llegó a estar claro. Él publicó su libro, *El Príncipe venidero* (*The Coming Prince*¹¹ en inglés), concerniente a su interpretación de la profecía en Daniel 9, en Gran Bretaña en 1894.

El versículo 9:24 nos dice que la profecía comprende un periodo de setenta semanas, pero para los propósitos de nuestra discusión aquí, me enfocaré en un *periodo particular* dentro de las setenta semanas que es mencionado en los versículos 25-26. La mayoría de los eruditos y comentaristas de la Biblia están de acuerdo en que las semanas en la profecía de Daniel 9 deben ser interpretadas como semanas de años (con una “semana” siendo equivalente a siete años). En Daniel 9:25, Gabriel habla de un periodo de tiempo de 7 semanas (es decir 49 años) y 62 semanas (es decir 434 años), para un total de 69 semanas. Si multiplicas 69 semanas de años por 7 (con una semana siendo equivalente a 7 años) esto resulta en 483 años (conforme al antiguo calendario judío). Prosigamos cuidadosamente para ver cómo esto encaja con la profecía bíblica.

El rey Ciro le dio a los cautivos judíos la libertad de regresar a Jerusalén y de reedificar su *Templo*, pero no *la ciudad* en sí. El libro de Esdras detalla la lucha que tuvieron los judíos al tratar de reedificar el Templo, mientras que sus defensas estaban en ruinas. Ellos fueron continuamente hostigados por sus enemigos y lograron poco progreso. Eventualmente, ellos completaron la reedificación del Templo. No fue sino hasta mucho después, en el **445 a. C.**, que Artajerjes I, el nuevo rey de Persia en ese tiempo, finalmente promulgó un decreto permitiendo a los judíos a reedificar los muros y las puertas de Jerusalén. Esto está registrado en Nehemías 2:1-6. Este es el “decreto” mencionado en la profecía en Daniel 9:25-26 concerniente a la restauración y reedificación de Jerusalén y la venida del Mesías. Después de la promulgación de este decreto, los muros y la ciudad misma fueron finalmente reedificados, “con calle y foso, incluso en tiempos angustiosos” (Daniel 9:25), bajo el liderazgo de Nehemías¹⁰. Según

los eruditos de la Biblia, las primeras 7 semanas (49 años) mencionadas en Daniel 9:25 corresponden al tiempo que tomó reconstruir a Jerusalén¹²⁻¹³.

Se cree que el decreto de Artajerjes I fue promulgado el 14 de marzo del 445 a. C. (véase Nehemías 2:1). Daniel 9:25 predijo que al Mesías se le quitaría la vida “69 semanas” (es decir 483 años conforme al antiguo calendario judío) después del momento de la promulgación del decreto en el 445 a. C. para reedificar a Jerusalén. Convirtiendo los 483 años (conforme al antiguo calendario judío) al periodo de tiempo correspondiente cuando se ajusta a nuestro calendario moderno, resulta en 476 años. ¿Fue cumplida esta profecía con precisión? El final de este periodo de 483 años (o 476 años por medio de ajustar a nuestro calendario moderno) corresponde al año **32 d. C.**¹, un punto crucial en toda la historia humana. Fue durante este tiempo que *Jesús de Nazaret estaba caminando sobre la tierra*. Precisamente como fue profetizado por Daniel, “Mesías Príncipe” había venido a la humanidad.

Ahora continuemos con el resto de la profecía. Ésta lee que “se quitará la vida al Mesías, y no tendrá nada ...”. Aun las palabras “se quitará la vida” son intrigantes. En hebreo, la palabra usada, y traducida como “se quitará la vida”, también significa ser ejecutado, usualmente por un crimen capital. Josefo nos dice en sus escritos¹⁰ que en este tiempo había un hombre llamado Jesús de Nazaret, quien fue acusado de sedición por los judíos, y ejecutado por el Magistrado Romano. Escritos históricos romanos de ese tiempo también se refieren a la crucifixión de uno llamado el Cristo por aquellos que creían en Él. Por lo tanto, históricamente, en realidad existió un Jesús de Nazaret, quien anduvo sobre la tierra en ese tiempo, y esa persona fue ejecutada. El hecho histórico de su existencia es innegable. Y a Él se le quitó la vida.

Continuemos con la profecía. La próxima parte nos habla acerca del “pueblo del príncipe que ha de venir [y] destruirá la ciudad y el santuario”. Aquí tenemos el beneficio del conocimiento retrospectivo de la historia. Sabemos quién destruyó la ciudad de Jerusalén y el Templo después de que éstos habían sido reedificados siglos antes. Fueron las legiones romanas, quinta, décima, doceava y quinceava, bajo el mando de Tito Vespasiano, el príncipe del Imperio romano. Pero antes de que veamos el cumplimiento preciso de la profecía de Daniel, pausemos por un momento y veamos una declaración interesante hecha por Jesús antes de su muerte en la cruz. El Evangelio de Mateo, el cual fue escrito y circulado alrededor del año 40 d. C., registra este evento en el capítulo 24. Jesús estaba saliendo del Templo cuando Sus discípulos vinieron para mostrarle las construcciones del Templo. Él les dijo, “¿Veis todo esto, verdad? De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada” (v. 2). Ahora continuemos.

En el año **70 d. C.**, el ejército romano bajo el mando de Tito, capturó la ciudad de Jerusalén después de un sitio largo y sangriento. La matanza, descrita por Josefo en su texto, *Las guerras de los judíos* (*The Wars of the Jews*¹⁴ en inglés) recuenta los detalles

¹ Al restar 445 a. C. de 476, llegamos a 31 d. C., al cual tenemos que sumarle 1 porque no hay año cero entre la línea de tiempo de los años a. C. y d. C. Por lo tanto, el año profetizado sería 32 d. C.

de la batalla con un detalle horripilante. Sin embargo, Tito solo quería capturar y castigar a aquellos que se habían rebelado contra el Imperio romano, restaurar la paz, y una vez más subyugar la ciudad bajo el gobierno romano. Él no tenía ninguna intención de dañar, y mucho menos *destruir* el Templo religioso de los judíos. Pero Dios, “quien anuncia el fin desde el principio” (Is. 46:10a), sabía que este evento tendría un final diferente; las profecías en Daniel 9:26 y Mateo 24:2 tenían que ser cumplidas.

Hacia el final de la furiosa batalla, los últimos de los judíos rebeldes se refugiaron en el Templo, asumiendo que allí estarían a salvo. Sin embargo, algunos soldados romanos desobedecieron las órdenes directas de Tito de que no destruyeran el Templo y dispararon flechas encendidas en fuego directamente hacia dentro del Templo, incendiándolo. El Templo fue edificado con piedras ya labradas y sus paredes, su suelo y algunos de sus mobiliarios fueron hechos de madera de cedro, ciprés y olivo, todos recubiertos de oro puro (1 Re. 6:7, 15, 22, 23, 28, 31-33). La llamarada causada por los soldados romanos fue tan intensa que no solo incineró a los últimos rebeldes, sino que también derritió todo el oro adentro. Finalmente, el sitio a la ciudad terminó y la paz fue restaurada, pero había una fortuna en oro derretido para ser poseída. Sin embargo, el oro se escurrió en los espacios entre las piedras de las paredes del Templo. Debido a que el Templo ya estaba perdido, Tito le ordenó a sus hombres a que dismantelaran las piedras una por una y que recogieran el oro. Durante el saqueo del Templo, los soldados rompieron estas piedras gigantes para poder obtener el oro. Fue de esta manera imprevista que no solamente Jerusalén fue destruida, pero además ni una sola piedra del Templo fue dejada sobre otra cumpliendo con precisión la profecía de Jesús registrada en Mateo 24:2 y la profecía en Daniel 9:26 concerniente al “pueblo del príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario”. De acuerdo a reportes históricos, Tito se negó a recibir la Corona de Honor de los victoriosos cuando regresó a Roma, declarando que él no ganó la victoria por sí mismo sino que solo fue el instrumento de la ira de Dios en contra de Su pueblo¹⁵.

¿Cómo puede ser que lo dicho en la Biblia acerca de los eventos futuros sea tan certero y preciso? ¿Cómo puede alguien explicar estas dos profecías enfatizadas aquí, por no hablar de cientos de otras, a menos que los profetas que predijeron estos relatos históricos fueran influenciados por algo o alguien que está *fuera del dominio del tiempo*? Considere que los eventos presentados aquí, documentados en la Biblia, acerca de Nabucodonosor, Ciro, Artajerjes I y Tito son eventos que abarcan la historia del Imperio babilónico, medo-persa, y romano, respectivamente, que están también registrados en la historia secular. ¿Quién es el autor supremo de las profecías que he mencionado aquí? Tendríamos que decir que el autor es alguien que está fuera de nuestra dimensión del espacio-tiempo, quien podía comunicarse con los profetas en su tiempo presente y darles palabras con respecto a acontecimientos futuros, acontecimientos que solo el Autor sabía que ocurrirían. Yo sostendría que el Autor es Dios mismo, quien existe fuera del tiempo.

Al escribir este documento, investigando con respecto a solo algunas de estas profecías predictivas, mi sincera esperanza y oración es que usted haya encontrado esta lectura útil para entender cómo contestar la pregunta fundamental de si la Biblia es la Palabra inspirada de Dios. Yo diría que la Biblia fue concebida en otra dimensión. Dios concibió la Biblia fuera del tiempo.

Escrito por SSB - uno quien antes proponía la evolución y quien se mofaba de la creación y de la Biblia, quien vino a conocer la misericordia de Dios y la gracia de Su salvación, y que soy ahora un defensor de aquella fe que una vez hice lo más que pude para desacreditar y mofarme de ella.

Bibliografía

1. Hubble, E. (1929), *A Relation Between Distance and Radial Velocity Among Extra-Galactic Nebulae*, Proceedings of the National Academy of Sciences 15 (3):168-173. Print.
2. Hawking, S. *A Brief History of Time*, New York, NY: Bantam Books, 1988. Print.
3. *Holy Bible Recovery Version*, Anaheim, CA: Living Stream Ministry, 2003. Print.
4. Taylor, E.F. and Archibald Wheeler, J. *Spacetime Physics: Introduction to Special Relativity, 2nd ed.*, New York, NY: W.H. Freeman & Company, 1992. Print.
5. Stuart, M., *A Commentary on the Book of Daniel*, Boston, MA: Crocker & Brewster, p. 27. 1850. Print.
6. Jones, F.N., *The Chronology of the Old Testament*, Green Forest, AR: Master Books, pp. 201, 190-191. 2005. Print.
7. Wiseman, D.J., *Chronicles of Chaldean Kings (625-556 B.C.): In the British Museum*, Aberdeen, U.K., Aberdeen University Press, 1956, p. 33. Print. (The full text in pdf format is in <http://www.etana.org/sites/default/files/coretexts/20337.pdf>)
8. Herodotus, *The History*, translated by George Rawlinson. New York, NY: Appleton & Company, Book 1, chapters 178-181, 1859. Print.
9. Anderson, S.D., *Darius the Mede: A Reappraisal*, Grand Rapids, MI: Steven D. Anderson, 2014. Print. The full text in pdf format is in [https://www.dropbox.com/s/drjsa3shweg2szl/Darius the Mede - A Reappraisal ebook.pdf?dl=0](https://www.dropbox.com/s/drjsa3shweg2szl/Darius_the_Mede_-_A_Reappraisal_ebook.pdf?dl=0)

10. Josephus, Flavius (Translated by William Whiston), *The Antiquities of the Jews*, Blacksburg, VA: Unabridged Books, 2011. Print.
11. Anderson, R., *The Coming Prince*, Grand Rapids, MI: Kregel Publications, 2008. Print.
12. Fr. Malaty, T.Y. (Translated by Ferial Moawad), *The Book of Daniel*, p. 101. EBook. The full text in pdf format is in https://drive.google.com/file/d/0B_xyG83iDjD9MWZIMTdiY2QtZGI0ZS00ZjUzLTkyZDktZDU1NmQ5Mjg5NjMz/view?ddrp=1&hl=en#
13. Phillips, J. *Exploring the Old Testament Book by Book: An Expository Survey (John Phillips Commentary Series)*, Grand Rapids, MI: Kregel Publications, p. 455, 2008. Print.
14. Josephus, Flavius (Translated by William Whiston), *The Wars of the Jews*, New York, NY: Digireads.com Publishing, 2010. Print.
15. Philostratus, F., *Philostratus: The Life of Apollonius of Tyana*, (Translated by F.C. Conybeare), Cambridge, MA: Harvard University Press, 1912, 6.29. Print.

Fuentes adicionales

1. Grayson, A.K., *Assyrian and Babylonian Chronicles*, Winona Lake, IN: Eisenbrauns, 2000. Print.
2. Mallowan, M.E.L., *Cyrus the Great (558-529 B.C.)*, Iran 10, 1972, pp. 1-17.
3. Kuhrt, A., *The Cyrus Cylinder and Archaemid [Persian] Imperial Policy*, Journal for the Study of the Old Testament, 25, 1983, pp. 83-97.
4. Hoehner, H.W., *Chronological Aspects of the Life of Christ*, Grand Rapids, MI: Zondervan Publishing House, 1977. Print.
5. Herzog II, W.R., *Prophet and Teacher: An Introduction to the Historical Jesus*, Louisville, KY: Westminster John Knox Press, 2005. Print.

(Ver cronología de eventos históricos de los judíos en la siguiente página.)

Apéndice Cronología de eventos de la historia de los judíos

Imperio babilónico
Nabucodonosor
(reinado, 605 – 562 a. C.)

Isaías y Jeremías profetizaron desde 760 al 696 a. C. y desde 628 hasta después del 586 a. C., respectivamente. Tal como ellos profetizaron, Jerusalén fue sitiada por Nabucodonosor en **606** (un ataque pequeño), **597** y **586 a. C.**, resultando eventualmente en que la ciudad y el Templo de Salomón fueran quemados y en el exilio (en tres olas) de miles de judíos a Babilonia. (Dn. 1:1-6; 2 Re. 24:10-16; 2 Re. 25:1-11; Is. 39:5-8; Jr. 25, 37, 52)

Imperio medo-persa
Ciro el Grande
(reinado, 559 – 530 a. C.)

Ciro dirigió al ejército medo-persa y desvió el río Éufrates. Su ejército marchó hacia dentro de la ciudad de Babilonia y la conquistó, tal y como había sido profetizado por Isaías. Esto marcó el fin del Imperio babilónico en el **539 a. C.** (Is. 13:1, 17; 44:27; 45:1-4; D. 5:30)

Durante el primer año de Darío el Medo en el **539 a. C.**, quien gobernó en Babilonia bajo Ciró, Daniel entendió que el tiempo de los setenta años profetizados por Jeremías casi se había completado, y por lo tanto, comenzó a orar fervientemente. En respuesta a tal oración de parte de Daniel, el arcángel Gabriel se le apareció y le dio la profecía de las 70 semanas. (Dn. 9:1-3, 20-27)

Luego de la muerte de Darío, Ciró llegó a ser rey con supremacía plena en el **536 a. C.** y entonces anunció su decreto para liberar a los cautivos judíos a fin de que ellos pudieran regresar a Jerusalén y reconstruir el Templo. Esto cumplió la profecía de Isaías refiriéndose a Ciró como un pastor de Dios para Su pueblo, quien cumpliría Su deseo de la reedificación del Templo en Jerusalén. (Is. 44:28; 45:13; Esd. 1:2-4; 2 Cr. 36:23)

Tal y como fue predicho por las profecías de Jeremías, los judíos estuvieron en cautiverio en Babilonia por setenta años (desde el **606** hasta el **536 a. C.**), y después Babilonia fue destruida, llegando a ser una "desolación eterna". (Jr. 25:11-12; Jr. 29:10-14)

Darío el Grande
(reinado, 522 – 486 a. C.)

La reedificación del Segundo Templo en Jerusalén fue completada en el **516 a. C.**, durante el reinado de Darío el Grande. (Esd. 5-6)

Artajerjes I
(reinado, 465 – 425 a. C.)

Nehemías, el copero de Artajerjes I, pide al rey que lo deje regresar a Jerusalén a restaurar y reedificar la ciudad (**445 a. C.**). El decreto de Artajerjes I marca el "reloj" dado a Daniel por Gabriel para que se le quitara la vida al Mesías. (Neh. 2:1-5; Dn. 9:25-26)

Nehemías supervisa la reedificación de los muros y las puertas de Jerusalén. Eventualmente la ciudad fue reedificada completamente, "con calle y foso, incluso en tiempos angustiosos". (Neh. 2-7; Dn. 9:25)

Imperio romano
Tiberio César
(reinado, 14 – 37 d. C.)

Jesucristo fue crucificado alrededor del **32 d. C.** durante el reinado de Tiberio César, cumpliendo la profecía en Daniel 9:26. (Mt. 27; Mc. 15; Lc. 3:1, 23; Jn. 19)

Tito Vespasiano
(reinado, 79 – 81 d. C.)

Sitio de Jerusalén por el Imperio romano y la destrucción del Segundo Templo en **70 d. C.** por el ejército de Tito como fue profetizado por Jesús y por Daniel. (Dn. 9:26; Mt. 24:2; Lc. 19:41-44)